

LA MISIÓN EN EL CONTINENTE DIGITAL

Paula Vega.

Parroquia Sta. María de la Amargura, diócesis de Málaga

Paula Vega es misionera en el continente digital donde desarrolla una importante labor llevando la voz de Dios. Lo que empezó como un hobby se ha convertido en su verdadera vocación.



Mi nombre es Paula Vega, tengo veintiocho años y estoy casada con Dani. Soy una laica comprometida de la parroquia Santa María de la Amargura (Málaga), donde vivo la fe en mi comunidad Ruah, siendo responsable de formación; además llevo un grupo de jóvenes junto a mi marido. A nivel diocesano, actualmente servimos en Pastoral Vocacional. También estudio Ciencias Teológicas en el CESET San Pablo.

Hace unos meses trabajaba como profesora de religión católica en la escuela pública, hasta que decidí seguir la voz del Señor, lanzarme al vacío y dar un giro a mi vida. Ahora, soy autónoma y trabajo en multitud de cosas, pero me gusta aunarlo en un solo término: soy misionera digital.

Como cualquier joven, yo siempre había utilizado las redes sociales sin mucha seriedad ni pretensión. Subía lo que quería, cuando quería, de forma muy espontánea. La fe se fue volviendo cada vez más importante y eso comenzó a reflejarse también en mi contenido. Empecé a compartir algunas reflexiones de fe, fotos de actividades parroquiales, canciones que

me ayudaban... y casi sin darme cuenta, los seguidores comenzaron a crecer.

También por esa época, empecé la carrera de teología en la que continúo actualmente. La fascinación por todo lo que aprendía me llevó a compartir contenido teológico en mis redes sociales, de forma sencilla y didáctica. Esto hizo que comenzara a dar algunas charlas por toda España sobre diferentes temas, como la mujer en la Iglesia – en lo que había empezado a especializarme – y más adelante sobre sinodalidad, evangelización digital o vida de fe.

Lo que comenzó como algo pastoral que hacía en mi tiempo libre, cada vez ocupaba más espacio; no solo temporalmente sino también en mi corazón. En la oración, sentía que el Señor me pedía ser instrumento en un mundo digital que estaba sediento de Dios. No era tarea fácil, por supuesto. Las críticas y dudas eran constantes, puesto que no se entendía la evangelización en las redes sociales. No se entendía que el “hasta confines de la tierra” (Cf. Hch 13, 47) también refiere al

“continente digital”, como lo denominó Benedicto XVI. Sin embargo, me llegaban historias fascinantes de personas que se estaban encontrando con Dios a través de mi contenido, y eso hacía que mereciera la pena.

En 2022, Monseñor Lucio Ruiz, responsable de internet del Vaticano me envió como misionera digital, con una primera tarea muy concreta: llevar el sínodo sobre sinodalidad a aquellas personas que habitaban las redes. Junto a otros misioneros, conseguimos obtener más de 110 mil respuestas, en su mayoría de jóvenes, los grandes ausentes en las consultas presenciales. Personalmente, este reconocimiento fue un impulso del Espíritu Santo que cambió todo. Sentí que, como Iglesia, tenía una misión y que estaba dispuesta a dejarme la piel para “transmitir a Cristo en el mundo digital, con creatividad y entusiasmo” como nos mandó a hacer el Padre Luis Marín, subsecretario del sínodo.

Todo esto, lo compaginaba con mi trabajo de profesora de religión, mis estudios de teología, mi actividad parroquial y mi relación de pareja, preparándonos en ese momento para el matrimonio. Llegó un punto en el que todo se volvió insostenible y empecé a no estar bien. Me frustraba mucho por querer llegar a todo y esto acabó acarreándome problemas serios de salud física, afectando igualmente a la relación conmigo misma, con los demás y con Dios. Así que tuve que parar y discernir; tuve que preguntarle a Dios: ¿qué quieres Tú que yo haga? Para así centrar todo mi corazón, toda mi mente y todas mis fuerzas en eso.

Durante ese proceso de discernimiento, supe lo que el Señor quería. Él me llamaba a dedicarme de lleno al mundo de las redes, a dirigir mi tiempo, mis ganas, mi creatividad y mi profesionalidad a eso. No obstante, inevitablemente daba mucho miedo. ¿Cómo iba a dejar un trabajo fijo para lanzarme a la nada? ¿De qué iba a vivir?

Recuerdo que mi madre me dijo: “estás dejando un trabajo para dedicarte más al Señor. No para trabajar menos horas, no para hacerte más rica, no para estar más cómoda. ¿Cómo el Padre Bueno no te



va a cuidar?”. Y así lo hizo. Desde que en enero dejé mi trabajo como profesora, el Señor no ha dejado de cuidarme. Ahora trabajo gestionando las redes sociales de la serie The Chosen y de la Congregación de Redentoristas España, continúo dando charlas y conferencias - la próxima en Washington, Estados Unidos -, he sacado materiales de oración para Adviento y Cuaresma, he preparado un curso sobre Mujeres Bíblicas que ha sido todo un éxito, he participado de la Asamblea Europea sobre Sinodalidad en Praga, he escrito artículos y estoy preparando algunos libros...

Actualmente somos más de 14 mil personas en la comunidad digital, con un alcance de 573 mil. Las redes sociales nos permiten llegar a todo este público, de diferentes edades, nacionalidades, culturas y momentos vitales. Por eso, debemos hacerlo con la seriedad y calidad que merece la evangelización. ¡Es un mundo que nos necesita!

Desde que dejé mi trabajo, Dios ha dirigido mis pasos y lo sigue haciendo. Ahora trabajo más horas, pero tengo una paz que solo viene de saber que estás donde Dios quiere que estés, trabajando para Él a tiempo completo. Soy misionera digital, porque mi lugar de trabajo y misión es el continente digital. ¡Y me siento muy bendecida por ello!